

**Narrativa** Richard Ford ha vuelto a asumir el reto de escribir una novela de alto voltaje. Aquí relata la azarosa vida de Dell, con cierta sequedad emocional

# Cruzar unas líneas

**Richard Ford**  
**Canadá/Canadà**  
Traducción al castellano de Jesús Zulaika, y al catalán de Josefina Caball

ANAGRAMA /  
EMPÚRIES  
507/ 448 PÁGINAS  
24,90 EUROS

**ROBERT SALADRIGAS**

Resulta que al cabo de un cierto lapso de tiempo, como unos siete años desde la entrega del tercer y grueso volumen de la trilogía dedicada entre 1987 y 2006 a Frank Bascombe –*El cronista deportivo*, *El Día de la Independencia* y *Acción de Gracias*– el sureño Richard Ford (Jackson, Misisipi, 1945) ha vuelto a asumir el reto de una obra de alto voltaje. Se titula *Canadá*. Simplemente, *Canadá*. Es un relato que fluye despaciosamente, morosamente, a lo largo de medio millar de páginas y sesenta y ocho capítulos de apretada impresión, desde las tierras de Montana y Dakota del Norte a la provincia de Saskatchewan, en las praderas centrales canadienses. Paisajes al norte de Estados Unidos que no se despliegan acogedores ante un autor del Sur que antes había conseguido identificarse con las peripecias de un tipo anclado –veinte años de la vida de Frank Bascombe– en la zona costera de Nueva Jersey. Con lo último de Ford que recuerdo haber disfrutado es con los textos autobiográficos y literarios que el editor Herralde recogió bajo el señuelo de *Flores en las grietas* (2012).

Pero *Canadá* es algo muy distinto incluso de las obras consideradas “mayores” de Richard Ford. Desde el principio, cuando leemos con cierto asombro que nos sor-

prende desprevenidos: “Primero contaré lo del atraco que cometieron nuestros padres. Y luego los asesinatos que vinieron después”, averiguamos que la voz que nos llega pertenece a un muchacho de quince años, Dell Parsons, que junto a su hermana gemela dicigótica, Berner, viven las secuelas del atraco cometido por sus padres, él un exaviador militar y ella una débil maestra. Ambos son presos, juzgados y condenados. La madre se suicida en prisión. Los chicos quedan solos. Berner se esfuma. Una amiga de la madre ayuda a Dell a cruzar la frontera canadiense –un salto fácil en 1960– y aceptar la tutela

**Dell aprende que una vez pisas y cruzas ciertas líneas (visibles o no), pierdes toda opción de volver atrás**

de su hermano, un sujeto de pasado turbio, sin escrúpulos y manchado por la sangre de sus perseguidores. Lo que el tal Arthur Remlinger enseña a Dell Parson es algo tan sencillo como que una vez pisas y cruzas ciertas líneas (visibles o no) pierdes toda opción de volver atrás. Avala la lección con su propio ejemplo. Ni siquiera es lo mismo ser ciudadano norteamericano

que canadiense. Los dos países parecen iguales –contéplense con la garganta del Niágara por medio– pero Dell aprende que no lo son y nunca lo olvidará. Otro país impone otra vida. Esa es la teoría a buen seguro cierta del narrador, rebotante de sentimientos humanistas, cuando llamado por su hermana en riesgo de muerte, una frágil y devastada criatura a la que solo ha visto tres veces en cincuenta años, acude a reunirse con ella en una cafetería de Minneapolis con la esperanza de llegar a experimentar una ráfaga de compasión –siquiera tardía– por Berner y por sí mismo.

**Cincuenta años después**

El drama familiar lo cuenta Dell con todo detalle medio siglo más tarde, a un paso de jubilarse de profesor de instituto con sesenta y seis años, casado con una canadiense y sin descendencia. Léi la historia con la calma que requiere, durante las vacaciones agostefías. Procuré entender el valor de las palabras que Ford pone en boca de Dell Parson, asumir con él la complicidad que tuvo en el asesinato de los dos sabuesos norteamericanos a manos del inmovible Remlinger. Actos de real y estricta supervivencia, sin el componente grotesco que tuvo el atraco perpetrado por Bev Parson y Neeva Kamper en un banco de Dakota del Norte a cambio de un ridículo botín. Pero lo para mí inesperado es que en ningún pasaje el relato de Parson –inspirado por el pujante talento realista de Richard Ford– ha logrado el objetivo de conmovirme. Ni siquiera producirme algún leve, sesgado escalofrío. Nada tengo que objetar a la armadura de la novela que responde a la exigencia de su propia ambición. Nada se me ocurre alegar a de la textura de los personajes y la singularidad del lenguaje. ¿Entonces? Solo una sensación intraducible de sequedad emocional. Solo eso. |